

Genealogía, poder y disciplinamiento en el trabajo social: un análisis desde Foucault

María Noel Míguez Passada*

Resumen

En el año 2000, en el marco de la Maestría en Servicio Social del Departamento de Trabajo Social, en su segunda edición en Convenio con la Universidad Federal de Río de Janeiro, cursé una asignatura titulada “Análisis Institucional”, llevada adelante por el profesor Jean-Robert Weissaupt, lamentablemente fallecido hace ya algunos años. La misma resultó ser la primera asignatura brindada por un docente de la universidad brasilera, la cual en lo personal significó una apertura y conocimiento hacia una perspectiva concreta de percibir, entender, conocer y reconocer la realidad, aprehenderla desde categorías que generalmente son dejadas de lado, o no ahondadas de la manera que muchas de las veces se quiere o espera. La inquietud que el docente transmitió por estudiar y (re)descubrir a Michel Foucault resultó una guía para la cuestión que, más de quince años después y recorrido un largo trecho, se intenta aquí delimitar: “Genealogía, poder y disciplinamiento en el trabajo social: un análisis desde Foucault”. No pretende ser un análisis exhaustivo, apenas un acercamiento al tema, un reflexionar y cuestionarse en “voz alta” en un momento particular en lo personal con la carrera que con total certeza elegí para comenzar mi vida académica.

Palabras claves: genealogía, poder, disciplinamiento, trabajo social, rol profesional.

Introducción

El artículo que aquí se presenta da cuenta de una temática que se entiende de relevancia para la reflexión del Trabajo Social como profesión que interviene en lo social. Se parte de la convicción que trabajar con un “otro” (sujeto singular o colectivo) genera procesos de subjetivación que hacen a

la interpelación sujeto – sujeto, siendo ésta mediada por relaciones de poder que transverbalizan el ser y estar en estas sociedades occidentales modernas. Reflexionando en torno a estos aspectos, se invita aquí a cuestionarse en “voz alta” sobre el tema que se expone, a saber: mirada del Trabajo Social como profesión desde las concepciones fou-

* Post doctora en Prácticas y Representaciones Políticas por la Universidad de París 7 – Denis Diderot (Francia); Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) (Argentina); Magister en Servicio Social por la Universidad Federal de Río de Janeiro (Brasil); Licenciada en Trabajo Social por la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la Universidad de la República (UdelaR) (Uruguay). Profesora Agregada del Departamento de Trabajo Social de la FCS, UdelaR. Correo electrónico: marianoel.miguez@cienciassociales.edu.uy

caultianas de genealogía, poder y disciplinamiento.

Para el logro de dichos fines, el objetivo general remite a realizar un análisis reflexivo en torno a las concepciones foucaultianas sobre genealogía, poder y disciplinamiento, y cómo éstas se visualizan en torno a los procesos de intervención del Trabajo Social. Así, los objetivos específicos apuntan a: a) indagar en la genealogía foucaultiana y su potencial correlato con los procesos de intervención profesional en Trabajo Social; b) develar las nociones de poder y disciplinamiento foucaultianas para el análisis del Trabajo Social como profesión que interviene en la realidad social.

Se considera relevante poder delimitar este objeto desde el pensamiento de Michel Foucault, en tanto autor que indaga en el modo en cómo los seres humanos se constituyen en sujetos y cómo se tratan unos a otros en tanto objetos: “Mi objetivo ha sido elaborar una historia de los diferentes modos por los cuales los seres humanos son constituidos en sujetos”. (Foucault, 1996: 8) En este sentido, se plantea tres formas de objetivaciones por las que se produciría esta transformación: el modo de investigación que lleva al status de ciencia; las prácticas divisorias que fragmentan al sujeto en su interior y con los otros; y, la forma en cómo los seres humanos se transforman a sí mismos en sujetos; “por lo tanto, no es el poder sino el sujeto, el tema general de mi investigación”. (Foucault, 1996: 4) ¿Qué entiende el autor por “sujeto”? Encuentra allí dos significados: sujeto a otro por control y dependencia, y sujeto limitado a su propia identidad, a la conciencia y a su propio autoconocimiento. En este vaivén circulará el discurso analítico que aquí se presenta, incursionando en la genealogía, el poder y el disciplinamiento como determinaciones² que atraviesan la realidad de los sujetos en el correlato con el rol profesional del Trabajo Social.

El Trabajo Social como disciplina fue creado para sustentar el saber médico y su inclusión en la vida cotidiana de los sujetos, las familias, los grupos. A través de mecanismos inicialmente filantrópicos, caritativos y asociados a lo eclesiástico, fue configurándose una formación de tipo asistencialista, de relación sujeto-objeto, donde el saber, al igual que el del médico, estaba centrado en la palabra del que iba a resolver las dificultades de esta “pobre gente”. Hoy día, el Trabajo Social se ha convertido en un espacio importante para el pensamiento económico, político y social, siendo las prácticas de intervención en lo social reconocidas por reconfigurarse a las necesidades y preocupaciones de la población. En este sentido, la crisis del empleo, los arreglos familiares, la desaparición del Estado de Bienestar, entre otras, han exigido a los Trabajadores Sociales a encontrar nuevas respuestas y generar nuevas prácticas, con el objetivo de continuar dando sustento a sus contenidos sustanciales como profesión (Míguez et alli, 2017).

La lógica de exposición que se plantea conlleva un primer apartado a través del cual se hace un somero recorrido en los conceptos de genealogía, poder y disciplinamiento, de manera tal de pasar a un segundo apartado donde se analizan reflexivamente estas determinaciones con relación al rol del Trabajo Social. Más allá se propone un primer apartado de carácter más teórico-abstracto donde se interpelan estas tres determinaciones, se irá realizando algunas concreciones hacia la especificidad del Trabajo Social como disciplina surgida en la modernidad. De esta manera, hacia el segundo punto del presente artículo se ancla el análisis desde aspectos más tangibles de la profesión en el correlato con las determinaciones predichas.

Tal como se ha mencionado, se trata de un trabajo exploratorio cuya finalidad apunta fundamentalmente a la reflexión colectiva en torno al rol del Trabajo Social, invitando al lector a deconstruirlo desde una mirada y propuesta foucaultiana.

2 Nunca así denominadas por este autor, pero que hacen al marco teórico-metodológico de quien suscribe, aspectos que se irán elaborando a lo largo del presente artículo.

1. Genealogía, poder y disciplinamiento

Para comprender la noción de genealogía foucaultiana, es necesario remitirse, en principio, también a la de arqueología. De esta manera, para Foucault, la arqueología tendría como objetivo “sacar a la luz las reglas de exclusión por las que dentro de los discursos se determina la verdad de los enunciados” (apud Habermas, 1989: 297), evitando de esta manera la explicación causal del cambio social; mientras que la genealogía “investiga cómo se forman los discursos, por qué aparecen y vuelven a desaparecer, persiguiendo la génesis de las condiciones de validez, históricamente variables, hasta sus mismas raíces institucionales” (apud Habermas, 1989: 298), estando en condiciones de analizar procesos graduales y continuos del cambio social, registrando el surgimiento y el crecimiento de las instituciones sociales así como las técnicas y disciplinas científico-sociales que refuerzan prácticas sociales específicas.

Se podría decir que Foucault estudia los rasgos de los seres humanos que resultan “maleables” a través del devenir histórico. En este sentido, la genealogía estaría dada en la percepción de la singularidad de los sucesos, apuntando a captar lo que pasa desapercibido por no contener objetivamente historia (como ser los sentimientos, la conciencia, los instintos, etc.). Implica captar su retorno para reencontrar las diversas escenas en que se han sucedido los hechos. Apela a definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar. Se plantea la búsqueda del origen (Ursprung) como modo de encontrar “lo que estaba ya dado”, de “intentar levantar las máscaras para develar finalmente una primera identidad” (1992b: 10). Por Herkunft entiende la procedencia, la pertenencia a un grupo, la cual permite encontrar la proliferación de sucesos por los que se han formado desde la perspectiva de un concepto; implica mantener lo sucedido en la dispersión que le es característica; es percibir las “desviaciones” íntimas, errores, fallos de apreciación; es descubrir que en la exterioridad está la verdad

y el ser. Buscando la procedencia se remueve lo que se percibía inmóvil, fragmenta lo que estaba unido, muestra la heterogeneidad. Por Entstehung entiende a la emergencia, al punto de surgimiento, el cual se produce siempre en un determinado estado de fuerzas.

Proponer una mirada genealógica del proceso de intervención en Trabajo Social se entiende que implica ir más allá de lo aparente, de trascender “las máscaras” para develar el origen. Entre origen y procedencia, el rol del Trabajo Social queda habilitado a develar los sucesos en la abstracción y materialidad de los conceptos para así desandar cuestiones que de otra forma no serían reconocidas, no serían vistas, que quedarían “inmóviles”, “fragmentadas”. El punto de surgimiento sería la emergencia, la demanda inicial (directa o indirecta) hacia el Trabajo Social en el marco de un “determinado estado de fuerzas”. Ursprung, Herkunft y Entstehung, tal como las trae en sus discursos este autor, se consideran piezas constitutivas del Trabajo Social como profesión que interviene en la realidad social.

Desde la perspectiva del historiador genealógico y bajo estos argumentos, Foucault (1989) apela a todo lo que sea útil para volverse hacia la historia y captarla en su totalidad, puesto que ésta será efectiva en la medida en que se introduzca lo discontinuo en el propio ser:

La historia, genealógicamente dirigida, no tiene como finalidad reconstruir las raíces de nuestra identidad, sino por el contrario encarnizarse en disiparlas; no busca reconstruir el centro único del que provenimos, esa primera patria donde los metafísicos nos prometen que volveremos; intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan. (Foucault, 1992a: 27).

Para Foucault es preciso llegar a un análisis que pueda dar cuenta de la constitución del sujeto mismo en la trama de la historia, y es esto a lo que él llama genealogía: una forma de historia que da cuenta de los discursos, de los dominios del objeto, de los sabe-

res, entre otros, sin tener que estar tomando en cuenta a un sujeto trascendente en cuanto hechos acontecidos a lo largo de la historia. Traspolado al Trabajo Social, el proceso de intervención que se genera estaría orientado al reconocimiento de ese sujeto “otro” con el cual se genera una relación de ida y vuelta, y que los ubica en sus singularidades como sujetos de una trama histórica en un momento concreto del curso de vida de cada uno en el entramado de la genericidad. Este sujeto “otro” deviene así actor, su voz se expande, su mirada otea horizontes más amplios.

Con relación a la temática del Poder, para Foucault, éste está caracterizado por tres cualidades, a saber: su origen, su naturaleza básica y sus manifestaciones. Es necesario identificar la procedencia del poder, ya sea a partir de aptitudes propias del cuerpo como las apoyadas en instrumentos externos, lo que da una visión de la capacidad del poder, de la “habilidad de modificar, usar, consumir y destruir” las cosas. (1992b: 13) Por otro lado, el poder está caracterizado por el juego de relaciones entre los sujetos, o sea, los entramados de acciones que llevan a otras acciones y que se vinculan entre sí.

Me parece que por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o, al contrario, los corrimientos, las contradicciones que aíslan a unas de otras; las estrategias, por último que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales. La condición de posibilidad del poder, en todo caso el punto de vista que permite volver inteligible su ejercicio... (Foucault, 1987: 112-113).

Así, el ejercicio de poder implica la modificación de unas acciones por otras a través del relacionamiento entre sujetos, “consiste en guiar la posibilidad de conducta y poner en orden sus efectos posibles” (Foucault, 1992b: 15). El poder sólo existe cuando es puesto en acción, una acción sobre otra, ya sea en el presente o a futuro. El poder implica la manifestación de un consenso, aunque esto no es excluyente para que se lleve a cabo. Se realiza en los diferentes niveles de la sociedad a través de mecanismos de control, coerción y/o vigilancia, los que sobrepasan las instituciones de la sociedad. Por estas razones, una relación de poder existe en la medida en que haya un “otro” sobre el que se ejerza el poder y un campo de respuestas, reacciones, resultados, etc. que respondan a dicha relación. Podría hablarse, así, de una omnipresencia del poder, en cuanto se produce a cada instante, en todas partes, en todas las relaciones con un “otro”. Asimismo, según este autor, el poder no se encuentra localizado en algún punto específico de la estructura social, sino que se ejerce a partir de infinidad de puntos y en el juego de relaciones no igualitarias. Por tanto, es ramificado y dinámico. A su vez, no es algo que se adquiera, comparta, conserve o pierda. Donde existe poder hay resistencia, y son los puntos de estas resistencias los que se encuentran presentes en todas partes dentro de la red de poder. El poder sería el nombre con el que se designa a una situación estratégica compleja en una determinada sociedad.

Desde esta forma de pensar y deconstruir al poder como determinación, el Trabajo Social queda imbricado en la eterna disputa del “ser” y “deber ser”: “ser” por elección un profesional que apunta a generar procesos de objetivación de los sujetos con los cuales trabajo; “deber ser” por rol profesional instituido, donde no sólo se tiene el poder, sino que se ejerce relaciones asimétricas. Las luchas que más han dado espacio a reflexionar en torno a la temática del poder en el Trabajo Social como profesión se las visualiza en torno al vaivén que se genera entre este “ser” y “deber ser” mediados por el poder: poder que se ejer-

ce hacía el sujeto “otro”, poder al cual queda reducido por el “deber ser” institucional, confluencias de poder que no se anclan como figuraciones perpetuas, sino que se contraen y expanden cuando éste es puesto en acto.

Al definirse el poder como un modo de acción sobre las acciones se estaría incluyendo un elemento determinante y fundamental: la libertad. Poder y libertad aparecen como opuestos complementarios desde esta perspectiva en el predicho vaivén “ser” – “deber ser” del profesional del Trabajo Social en su proceso de intervención con un sujeto “otro”. La libertad como parte constitutiva de los sujetos, en el entramado de máscaras disciplinares que van siendo deconstruidas en el proceso de intervención. El poder sólo puede ser ejercido sobre sujetos libres, entendiéndose a estos con las posibilidades de comportarse y reaccionar a su voluntad. De esta manera, no existiría la confrontación poder-libertad, puesto que se excluyen mutuamente: la libertad desaparece cuando se ejerce el poder. Cuando el Trabajo Social se impone al sujeto “otro” desde una mirada unidireccional, investida o no por el “deber ser” institucional, ejercida por el sujeto singular que detenta la potencialidad del ejercicio del poder por su profesión, el poder aparece como un “gran sujeto absoluto” que articula la prohibición. A su vez, desde el lado en el que el poder se sufre también se lo subjetiva en la medida en que es aceptada la prohibición, en el punto en el que se acepta o rechaza el poder, en el momento en que se deja de lado la libertad o se la mantiene. Poder se opone a violencia, pero es en relación a ésta que se crea.

El poder no pertenece a un sujeto en especial, sino que se transforma en una maquinaria no dirigida específicamente por un titular, más allá que dentro de ésta existan diferentes “puestos” que permitan la producción de efectos de supremacía. El Trabajador Social es tal y puede generar prácticas unidireccionadas que impliquen ejercicio de poder con el sujeto “otro”, pero salido de esa relación de sujeto – sujeto, se reconfiguran las acciones y se vuelve a barajar la dinámica del poder.

Esta idea Foucault la maneja claramente en “El ojo del poder”, refiriéndose al panóptico (esquema arquitectónico de Bentham volcado a la realidad social) como el modo de ejercer el poder de todos a través de todos, todos vigilados por todos, todos ante un aparato de completa desconfianza, poder disciplinario y manejado por mecanismos sutiles. Por lo tanto, “hay que tener presente que la brava y vieja “lógica” de la contradicción no basta, ni con mucho, para desembrollar los procesos reales”. (Foucault, 1989: 26).

Con relación al poder como puesta en acto, el autor hace referencia como una de las formas más cotidianas y reproducidas del mismo a lo que entiende como la modalidad pastoral del poder. A través de ésta, el poder es individualizador, centralizado y centralizador. El pastor ejerce el poder sobre un rebaño el cual debe su existencia a la presencia y acción directa del pastor; el pastor salva a su rebaño por una cuestión de benevolencia constante y con un fin específico; el pastor todo lo hace por el bien de su rebaño pareciendo más bien una benevolencia y abnegación. Varias intervenciones desde la disciplina del Trabajo Social corren el riesgo de quedar así configuradas, siendo sustancial el vaivén que el profesional pueda (y quiera) hacer entre el “ser” y “deber ser” instituido. Las prácticas unidireccionales se guían por esta modalidad, por lo que el sujeto “otro” queda no sólo supeditado al hacer del profesional, sino que queda subsumido en esta relación desequilibrada. Las sociedades occidentales modernas han sido las únicas que han desarrollado tal maquinaria de poder de modo de tratar a la mayoría de los sujetos como si fuesen un rebaño a ser guiado por pastores, estableciendo así relaciones “complejas, continuas y paradójicas”; el Trabajo Social como profesión surgida en la producción y reproducción disciplinar de la modernidad queda imbricada en el ejercicio de un poder que lo interpela en su complejidad y continuidad.

En este sentido, si se retoma lo que el autor plantea con relación al poder estatal, éste resulta una forma a la vez individualizante y

totalizante, ya que el Estado occidental moderno ha sabido integrar a esta nueva forma política la vieja técnica del poder pastoral. El histórico y aún cristalizado discurso del Trabajo Social como la profesión ejecutora de las políticas sociales no hace más que ubicarlo en un ejercicio de poder para con los sujetos “otros”, tal y como éste queda reducido a la esfera institucional del Estado en la obligación de llevar adelante prácticas disciplinares desde el “deber ser” instituido.

Con relación al concepto de disciplinamiento, Foucault se refiere a disciplina en dos aspectos diferentes y relacionados a un mismo tiempo. Por un lado, la disciplina hacia los sujetos, a través de técnicas homogeneizantes usadas en las cárceles, escuelas, ejércitos y otros; por el otro, a las disciplinas científicas que llevan al conocimiento sobre la vida social del hombre. En este sentido, el Trabajo Social aparece, por un lado, como una disciplina científica a través de la cual genera conocimiento en lo social desde y para intervenir en lo social. Pero, a su vez, reproduce cuando el “deber ser” institucional se impone, técnicas homogeneizantes, disciplinares y controladoras que ubican al sujeto “otro” en una relación asimétrica en el pensarse como sujeto parte de su historia singular y colectiva.

El disciplinamiento a través de las instituciones comenzó a desarrollarse en el siglo XVII y comienzos del XVIII, paralelamente a la gestación de las grandes monarquías administrativas, siendo aún más valorada cuando pretendió “encargarse” de la población en lo particular. Esto no significa que históricamente no existieran procedimientos disciplinares, sino que en estos siglos se convirtieron en “fórmulas generales de dominación”. De esta manera, no se trata de sustituir una sociedad de soberanía por una sociedad disciplinaria y ésta por una sociedad de gobierno: “En realidad tenemos un triángulo: soberanía-disciplina-gestión de gobierno cuyo blanco principal es la población y cuyos mecanismos esenciales son los dispositivos de seguridad” (Foucault, 1991: 24). Las disciplinas que consti-

tuyen este nuevo modo de ser son sociales, y por su misma naturaleza, se prestan al control de algunos por otros. Y, tal como se ha visto, el Trabajo Social es un claro ejemplo de esto.

Disciplina, entonces, ya no como un simple arte de extraer de los cuerpos y de acumular tiempo, sino de disponer de fuerzas para lograr un aparato eficaz. De esta manera, la disciplina fabricaría, por el control de los cuerpos, una individualidad que se encuentra dotada de cuatro características, a saber: cómo se encuentra distribuida espacialmente (celular); el cifrado de las actividades (orgánica); la acumulación del tiempo (genética); y la composición de las fuerzas (combinatoria). Para lograr esto, lleva adelante varias operaciones: construye “cuadros vivos” (los que transforman las multitudes confusas en multiplicidades ordenadas), prescribe maniobras, impone ejercicios y dispone tácticas (son la forma más elevada de la práctica disciplinaria).

En cuanto a la distribución de los individuos en el espacio, la disciplina emplea varias técnicas: exige la clausura en un lugar protegido de la monotonía disciplinaria. Este principio de clausura no es ni constante, ni indispensable, ni suficiente en los aparatos disciplinares; es necesario anular los efectos de las distribuciones incontroladas de los individuos, su circulación difusa, tratando de establecer dónde y cómo encontrar a los individuos. A través de la regla de los emplazamientos funcionales se fijan lugares determinados para vigilar, evitar las “comunicaciones peligrosas” y también para crear un espacio útil. Con respecto al control de la actividad, también define algunas categorías que la identifican: el empleo del tiempo en tanto exactitud y aplicación como virtudes fundamentales de este tiempo disciplinario; la elaboración temporal del acto, en la medida que el tiempo se introduce en el cuerpo y realiza los controles del poder; la correlación entre cuerpo y gesto, como condición de eficacia y rapidez; la articulación del cuerpo-sujeto; y, la utilización exhaustiva, ya que se trata de tomar del tiempo cada vez más instantes dis-

ponibles y de éstos más fuerzas útiles. (Foucault, 1976)

El poder disciplinario tendría para este autor el objetivo de “enderezar conductas”, usando y multiplicando las fuerzas, analizando sus procedimientos de descomposición “hasta las singularidades necesarias y suficientes”. La disciplina es la técnica específica de un poder “suspiciosa” y “modesto” que se produce a través de la acción. ¿Cómo se logra el éxito de este poder disciplinario? A través de instrumentos como la inspección jerárquica, la sanción normalizadora, el examen, etc., es decir, elementos simples e implícitos en la mayor de las veces, más allá que los medios de coerción se hacen claramente visibles sobre los que se emplean. Por lo tanto, es a través de la vigilancia jerarquizada que el poder disciplinario se convierte en un sistema integrado, múltiple, automático, anónimo. Esta vigilancia no sólo se lleva a cabo de arriba hacia abajo, sino también a la inversa y lateralmente, lo que permite trascender el conjunto de los sujetos que por efectos del poder se apoyan unos sobre otros: “vigilantes perpetuamente vigilados”. (Foucault, 1976)

En conclusión, la disciplina resulta para Foucault una forma de poder que sigue a la racionalidad básica pastoral, en cuanto toma al cuerpo más productivo, más vivo. Este disciplinamiento es reconocido desde el siglo XVII aproximadamente cuando comenzaron a crearse los manicominios, las cárceles, etc.; pero se transforma más audaz y explícito en el siglo XIX con el disciplinamiento en las fábricas, en las escuelas, y a través de la salud como prevención y control.

Retomando este último rodeo analítico, podría plantearse que el Trabajo Social como disciplina surge para el control de los cuerpos, para la implosión de los deseos, para ejercer sobre los sujetos “otros” prácticas homogeneizantes y civilizatorias en un entramado discursivo de la modernidad. La adaptación de formas de ser y estar en estas sociedades son dispuestas por diversos ejecutores estatales, siendo sustanciales los Trabajadores So-

ciales para ello. Pero, ¿es eso lo que se quiere seguir reproduciendo como profesión?

2. El rol del trabajo social desde una mirada foucaultiana

En Uruguay, el proceso civilizatorio de fines del siglo XIX llevó a diversos procesos de disciplinamiento como medida correctiva de las formas de ser de la barbarie. Con un profundo proceso medicalizador de la sociedad, de la mano del Estado como garante del mismo, se fueron generando diversos dispositivos para el logro de tales fines. De ahí la consolidación de un sistema de protección social, en el marco de una fuerte secularización de la sociedad, donde las prácticas filantrópicas y caritativas quedaron restringidas a actividades concretas de la iglesia separada del Estado. Con fuertes argumentos morales y la mirada clasificatoria de la medicina sobre “lo normal” y “lo patológico”, se fue consolidando hacia comienzos del siglo XX el modelo higienista. Tal como plantea Ortega:

La atribución al saber médico de su calidad de científico y la consideración social hacia la ciencia como hacedora del progreso y superadora de la barbarie favorecieron que el mensaje higienista impactara en todas las áreas de la vida social: la escuela, el hospital, el trabajo, el ocio, la política, la familia, en particular las familias pobres. (2008: 17).

En este auge del saber/poder médico, se hacía necesaria la presencia de una figura mediadora que llegara a los hogares, que fuera de cierta forma la “mano benevolente” en este proceso de disciplinamiento, que diera las bases de la asistencia social desde una mirada higienista, científica y reglamentada por el Estado. De esta manera, en la ley de presupuesto de 1926, los legisladores aprueban la creación de doce cargos de “visitadoras escolares”, las cuales tenían como cometido la prevención, divulgación, enseñanza y convencimiento de la población en lugares medulares del proceso de sociabilidad como el hogar, la escuela,

el hospital y la fábrica. En 1927 se crea en Montevideo la primera escuela de formación de “visitadoras sociales” del Uruguay, ubicada en el Instituto de Higiene Experimental de la Facultad de Medicina. En el año 1939, con la creación en 1934 del Ministerio de Salud Pública, se conforma la Escuela de Sanidad y Servicio Social, también de corte netamente médico. (Ortega, 2008) Entre 1946 y 1958 en Uruguay se da en llamar el período neobattlista, siendo la intervención estatal clave en este contexto como garante del “bienestar social”. Aquí, el Servicio Social encuentra un espacio de institucionalización sustancial, quedando fuertemente contextualizada en el campo de la salud. Es el período en el cual se crean los primeros centros de salud a lo largo del país, con la figura del Servicio Social incluido, como forma de llegar a la mayor cantidad de población. En 1954, se crea la Escuela de Servicio Social en el Ministerio de Salud Pública, continuando así un fuerte anclaje en lo sanitario, con componentes científico-técnicos desde lo social. Es en el año 1957 que se crea la Escuela Universitaria de Servicio Social, dependiente de la Universidad de la República (Ortega, 2011).

Hacia los años '60, en el declive del neobattlismo, empieza a generarse dentro del Servicio Social lo que dio en llamarse el movimiento reconceptualizador. Comienza en Brasil, Uruguay y Argentina, luego se suma Chile y casi enseguida casi todos los países de América Latina. Este movimiento sacudió desde sus raíces lo que hasta ese momento era el Servicio Social, de corte sanitario y netamente subordinado a lo médico, para cambiar sus componentes teóricos, metodológicos, operativos e ideológicos. El movimiento llamado la Generación del '65 surge en la Décima Conferencia Internacional de Servicio Social, en Brasil, haciendo hincapié en tres ideas sustanciales: reconocimiento de las diferencias devenidas por aspectos culturales, económicos y políticos; el rechazo a la metodología y técnicas norteamericanas que habían permeado toda la formación (caso, grupo, comunidad); rechazo a las prácticas

profesionales que llevaban a la dependencia, injusticia, miseria y opresión. Este movimiento retoma los aportes de Paulo Freire con relación a la educación popular, en la cual se destacan la actitud activa del sujeto con el cual se trabaja así, como una relación basada en la igualdad y el diálogo, todo ello dejando por detrás al sujeto pasivo y receptor de prácticas paternalistas (Zapata, 2013). En la década del '70, la Escuela de Servicio Social es cerrada por el gobierno de facto, lo cual también fue extensivo a varias similares en América Latina. La década de los '80 encuentra al país saliendo de complejos procesos militares, los cuales devastaron el entramado social que se había generado hacia fines de los '60. La década de los '90 encontrará al Trabajo Social en el Uruguay como una de las Licenciaturas de la Facultad de Ciencias Sociales. Los marcos teórico-metodológicos, ético-políticos y epistemológicos, con raíces fuertemente marcadas por la matriz histórico-crítica, vuelven a dar al Trabajo Social un espacio para la reflexión, el encuentro con otro como sujeto de derecho, de intervención en lo social en el reconocimiento de la diversidad y en su potencialidad.

A partir de este devenir historicista (y muy somero) del Trabajo Social como disciplina, se introducen aspectos genealógicos para la mediación del Poder y el Disciplinamiento como formas de deconstruir la institucionalidad del rol y sus prenociones, posibilidades de caminos a recorrer desde la disciplina y entramados que pueden llevar a complejizar su accionar.

Foucault plantea que durante el Renacimiento ocurren dos procesos con respecto a la institucionalización como método de tratamiento de la locura, los que llevan a la eliminación de toda posibilidad de vuelta en la relación de la razón con su otro. A mediados del siglo XVII ocurre una gran ola de internamientos y asilos, y a fines del siglo siguiente estos lugares son transformados en instituciones cerradas con atención médica, saber científico que diagnosticaba enfermedades mentales, en una especie de compasión por los

sujetos que padecían enfermedades nerviosas y de alguna manera la culpa por haberlos asociado a delincuentes y vagos. Es la clínica de estos sujetos como “humanización del sufrimiento y una naturalización de la enfermedad”. Es decir, la exclusión como método de dejar a un lado lo heterogéneo en “aquel monólogo progresivamente consolidado que el sujeto, elevado al cabo a razón humana universal, mantiene consigo mismo al convertir en objeto todo lo que encuentra en torno a sí”. (Habermas, 1989: 291) Pero, a su vez, el surgimiento de la escuela-edificio como forma institucional de evitar tal heterogeneidad, de operar como encauzamiento de la conducta: la promoción del imperativo de salud a través de cuerpos vigorosos, la obtención de oficiales competentes a través del imperativo de calidad, formar militares obedientes a través del imperativo político, la prevención del libertinaje y la homosexualidad a través del imperativo de moralidad. Este surgimiento de la institución como método de disciplinamiento Foucault lo llama la “moderna tecnología de dominación”, ya que en éstas quien vence es la razón reglamentadora.

Dentro de estas instituciones, existen lógicas de articulación diferentes. Así, en las disciplinas de tipo monástico o penitencial se da una preeminencia a las relaciones de poder y obediencia; en las disciplinas de los hospitales o ámbitos laborales se dan las llamadas actividades teleológicas; y, en las disciplinas de aprendizaje se dan los relacionamientos de comunicación. Estos diversos tipos de articulaciones llevan a las diferentes relaciones de poder que pueden darse en una institución. En el “Sujeto y el Poder”, Foucault plantea el tema de las relaciones de poder circunscriptas a ciertas instituciones, apelando a que esto ocurre ya que, por un lado, hay mecanismos que existen dentro de una institución cuya misión es la preservación de la misma; por otro, el análisis de las relaciones de poder institucional permite el estudio del poder por el poder mismo; por último, las instituciones actúan accionando elementos tales como las regulaciones explícitas o tácitas y un aparato

institucional. De esta manera, sugiere el análisis de las instituciones a partir de las relaciones de poder y no a la inversa. Vivir en sociedad implica que sea posible la acción sobre las acciones de los otros, por lo que una sociedad sin relaciones de poder es una abstracción.

En “Espacios de poder”, Foucault plantea el tema de la “gubernamentalidad”, definiéndola como el instrumento que le ha permitido sobrevivir y adquirir fuerza al Estado, ya que implica las tácticas de gobierno que le llevan a definir sus competencias y no competencias, lo público y lo privado, lo estatal y lo no estatal. En esta “gubernamentalidad” compila tres aspectos: por un lado, el “conjunto de las instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones” que se realizan sobre la población, siendo su forma principal la economía política y sus instrumentos técnicos los dispositivos de seguridad; por otro lado, la preeminencia de este tipo de poder a través de la soberanía, disciplina, etc., implicando el desarrollo de una serie de aparatos específicos de gobierno así como el desarrollo de un conjunto de saberes; por último, el resultado del proceso está poco a poco gubernamentalizado... “vivimos en la era de la “gubernamentalidad” descubierta en el siglo XVIII” (Foucault, 1991: 39).

En este marco de la “gubernamentalidad” del Estado, de las instituciones como método de disciplinamiento, del surgimiento de las ciencias humanas, cabe cuestionarse ciertamente qué tan implicado se encuentra el Trabajo Social en la legitimación de estas instancias. Y, no sólo esto, si no en la continuación, preservación y actuación del disciplinamiento a través del poder. Legitimación de políticas sociales impulsadas a través del Estado como modo de mantener la hegemonía, como manera de excluir la heterogeneidad, el Trabajo Social bajo el poder de las instituciones y, asimismo, con el poder de la acción sobre otros, fundamentalmente los excluidos, aquellos que quedaron fuera de la racionalidad de la sociedad occidental moderna. El tema de la

práctica profesional, del rol profesional, juega un papel fundamental en este contexto.

Si se retoma a Habermas analizando a Foucault en “Locura y sinrazón”, este último entiende por práctica a las “regulaciones de las formas de acción y costumbres consolidadas institucionalmente, condensadas ritualmente, y a menudo materializadas en formas arquitectónicas (...) influjo violento, asimétrico, sobre la libertad de movimiento de otros participantes en la interacción”. (Foucault apud Habermas, 1989: 290) La práctica profesional, en estos contextos y desde esta perspectiva, caería siempre en el uso del poder sobre la posibilidad de libertad del “otro”. Se podría argumentar que esto no es así, que algunos, muchos o todos los/as Trabajadores/as Sociales apelan a una práctica transformadora, concientizadora y... ¿etnocentrista? ¿Será porque esa práctica concientizadora, esa “toma de conciencia” por parte del “otro” ha sido ocupada por el poder hegemónico? ¿Cuál es nuestro rol? ¿A qué apunta nuestra intervención? Nuestra alternativa (y es “nuestra”, difícilmente de “ellos”), más allá de que se esté consciente o no, más allá de estándolo se trate de evitar y de fomentar la participación de los sujetos con los que se trabaja, nuestra práctica siempre está “empañada” de alguna manera por el control, por el poder sobre el otro, por el hecho de dejar a un lado la libertad de ese “otro”, por el disciplinamiento.

¿Es posible evitar esto? Tal como se planteó en el punto precedente, las instituciones contratantes del Trabajo Social apelan a una legitimación de sus políticas a través, y en muchos casos fundamentalmente, de éstos sus asalariados, los que se encuentran ante la constante disyuntiva (al menos eso espero) de legitimar tales políticas, de actuar “sobre el otro”, de llevar a cabo una práctica realmente transformadora y concientizadora. Pero, entonces, se vuelve nuevamente a la misma cuestión. Es como tratar de definir si antes el huevo o la gallina: ¿políticas sociales estatales legitimadas (explícita o implícitamente) por prácticas profesionales para personas que forman la heterogeneidad de estas

sociedades? ¿Sujetos en acción, reclamando sus derechos, el Estado dando respuesta a estas demandas a través de políticas sociales implementadas por prácticas profesionales con y para dichos sujetos? ¿Trabajadores Sociales como emergentes de los reclamos de los sujetos y nexos desde y hacia las instituciones? No es una sola, son todas a la vez, en una constante dialéctica, en un ir y venir, en donde las relaciones de poder y el disciplinamiento están presentes en lo cotidiano, donde el ir contra la libertad del “otro” termina siendo lo usual si se analiza desde la perspectiva foucaultiana.

Foucault plantea que el rol del intelectual es luchar ante todo contra las formas de poder donde se encuentren objeto e instrumento, es decir, en el orden del saber, de la verdad, de la conciencia. La teoría lucha contra el poder para hacerlo aparecer y derribarlo donde se encuentra más invisible e insidioso, lucha por la toma del poder junto con los que luchan por esto. Es, en definitiva, el “sistema regional de esta lucha”. El intelectual ha dejado de trabajar en el universal (en lo justo y verdadero para todos) para pasar a hacerlo en sectores específicos. Este “intelectual específico” (por oposición al “intelectual universal”) tiene como significación política rearticular categorías que se encontraban separadas.

La verdad entendida como “el conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación y el funcionamiento de los enunciados” (Foucault, 1992b: 189), no se halla fuera del poder y sin éste, existe en este mundo por múltiples imposiciones, tiene efectos reglamentados de poder. En cada sociedad existen tipos de discursos que responden a la verdad de esta sociedad, la que los legitima y los hace funcionar como verdaderos. El régimen de la verdad es ideológico y ha sido condición para el desarrollo del capitalismo. Por lo tanto, el papel fundamental del intelectual es saber si es posible constituir una nueva política de la verdad:

El problema no es cambiar la conciencia de las gentes o lo que tienen en la cabeza,

sino el régimen político, económico, institucional de la producción de la verdad. No se trata de liberar la verdad de todo sistema de poder —esto sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder— sino de separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía en el interior de las cuales funciona por el momento. La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología, es la verdad misma. (Foucault, 1992b: 189)

Se cree que aquí radicaría el meollo de la paradoja que se plantea: el/la Trabajador/a Social, como intelectual que ocupa una posición específica, debe legitimar la hegemonía del Estado a través de sus políticas, la evidencia de su especificidad ligada a funciones generales del dispositivo de verdad de las sociedades occidentales modernas. Entonces, cabe preguntarse: ¿cuál sería su rol en la construcción del contrapoder y cuáles serían sus líneas de acción para lograrlo?

Reflexiones finales

A través del planteamiento de Foucault sobre la genealogía, el poder y el disciplinamiento, se han podido retomar cuestiones y problemáticas que hacen al cotidiano del proceso de intervención del Trabajo Social: el rol profesional esperado por la institución y el rol buscado por el profesional en cuestión. Esto sucede más allá del tipo de institución, aunque la posición del Trabajo Social esté más o menos contemplada.

Teniendo el mismo objeto, el Trabajo Social se encuentra en una posición de subordinación cuando trabaja en instituciones que cubren una función universal (salud, educación, etc.), siendo el objeto de los otros. Por otro lado, se encuentra en una posición de privilegio, cuando el contexto organizacional presenta una perspectiva altamente analítica, estando por medio la racionalidad y pudiendo utilizar la del Trabajo Social; cuando el contexto institucional lleva a que la realidad

focaliza la cuestión del fin, no los medios, siendo las finalidades socialmente definidas; cuando el contexto coyuntural presenta una relación de fuerzas, estando el Trabajo Social en el lugar de fuerzas sociales promoviéndose características históricas de la disciplina.

De todas maneras, si se retoma la mirada foucaultiana, el objetivo de la institución es controlarlo todo. El espacio social (como formas de relación social) pasa a ser determinado por formas de acción social. Cada vez más aspectos de la vida humana pasan a ser controlados por la sociedad. La institución permite una determinada relación social, permite el contacto entre grupos opuestos, pero no resuelve el problema. Control inventado y recuperado por una clase dominante y usada en su provecho. Si el poder puede ser dominante, entonces hay personas a ser dominadas, se produce una relación de producción y reproducción de dominados y dominantes. Es así que las instituciones disciplinarias han servido de control funcionando como un “microscopio de la conducta”, como aparato de observación, registro y encauzamiento de la misma. ¿Su objeto? Los reglamentos, las inspecciones, la sujeción a control de toda la vida y el cuerpo a través de la escuela, el cuartel, el hospital, etc. En fin, “una racionalidad económica o técnica a este cálculo místico de lo ínfimo y del infinito” (Foucault, 1976: 144).

Pareciera, pues, que urge reconstruir la realidad como objeto de conocimiento, en otro lugar de conocimiento. En este sentido, esto estaría brindando al Trabajo Social la posibilidad de intervenir en la realidad. Entonces, el problema que se vuelve a plantear es, tras la solicitud de esta intervención, ¿cómo y desde dónde lo hace el Trabajo Social? ¿De qué manera entiende lo real? ¿El proceso de intervención habilita a una real objetivación del sujeto con el que se trabaja? ¿Hay posibilidades reales de cambiar estos universales de realidad? ¿Lo particular no resulta al fin de cuentas efímero si se desplaza la voluntad institucional de dirigir las prácticas institucionales? Varios programas y proyectos de los últimos años dan cuenta cabal de esta

producción y reproducción hegemónica sobre “realidades” impuestas a sujetos que son interpelados por su ser “otros”.

El tema del rol del intelectual y cómo éste es influido por el saber institucional resulta clave: el Trabajo Social como fuerza de trabajo calificada por su saber, y por éste la instrumentación de su acción. Saber tomado como objeto institucional, siendo su objetivo una representación simbólica de la realidad, subjetiva, un discurso idealista que generalmente varía de un/a Trabajador/a Social a otro, pero que en lo genérico, pareciera haber bastante poco margen de maniobra.

En fin, el Trabajo Social como disciplina permite estar en lo concreto, actuando, ejecutando políticas, elaborando proyectos, trabajando con los sujetos, pensando las prácticas y pensando junto a los sujetos. La realidad en la cual como asalariado queda inmerso el Trabajo Social da cuenta de esta constante reproducción de relaciones de poder, donde hacia un lado se ejerce y, al mismo momento, hacia otro lado se padece. El poder darse cuenta de estas contradicciones es un primer paso para ir construyendo un camino profesional con la menor cantidad de paradojas posibles.

Bibliografía

- Couzens Hoy, D. (Comp.) (1988). *Foucault*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Foucault, M. (1987). *Historia de la Sexualidad*. Volumen 1 –*La voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (1989). *El ojo del poder*. In Bentham, J. *El Panóptico*. Genealogía del Poder N° 2. Madrid, La Piqueta.
- Foucault, M. (1991). *Espacios de poder*. Genealogía del Poder N° 6. Madrid, La Piqueta.
- Foucault, M. (1992a). *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires, Altamira.
- Foucault, M. (1992b). *Microfísica del poder*. Genealogía del Poder N° 1. Madrid, La Piqueta.
- Foucault, M. (1996). *El sujeto y el poder*. Revista de Ciencias Sociales, vol. 12, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taurus Humanidades.
- Ortega, E. (2008). *El servicio social y los procesos de medicalización en la sociedad uruguaya en el período neobatllista*. Montevideo, Trilce.
- Ortega, E. (2011). *Medicina, religión y gestión de lo social. Un análisis genealógico de las transformaciones del Servicio Social en el Uruguay (1955-1973)*. Montevideo, CSIC Biblioteca Plural.